

## SEGUNDA PARTE.

Después de un movimiento tan terrible, en que la nada del hombre se ha pintado y confundido con todo el poder de lo sublime, sería muy peligroso un tránsito violento á la pintura de su dignidad y á las nobles prerogativas de su grandeza. Si alguna vez se siente con mayor estrechez la importancia de una buena preparacion, y si hai una prueba muy difícil para el talento oratorio, será aquí, donde vamos á pasar del uno al otro entre dos extremos opuestos. Si el orador se difunde, la energía desaparece y notablemente se interrumpe la unidad que debe resplandecer en la composicion y en el estilo; mas al contrario, si se precipita, casi vemos cortarse el hilo de las ideas, aislarse del todo los sentimientos y desaparecer ese contraste moral eminentemente teológico, el cual consagra, digámoslo así, exclusivamente á su fin, toda la conducta del hombre en las diferentes situaciones de su vida. Si vemos huir entre el humo de la vanidad todas las acciones del hombre aun en el órden profano, para ocuparnos después, olvidándolas todas, en lo puramente espiritual y místico, nos veríamos precisados á proscribir como inútiles y vanas las vehementes y generosas tendencias que arrastran á los hombres á proteger los progresos de las ciencias, á distinguirse en el gobierno de los Estados y á sacrificarse en el campo de la gloria. ¿Y qué resultaria de aquí? Que un zelo imprudente justificaria las calumnias de aquellos genios impíos que han pretendido despojar á la religion cristiana de uno de sus mas notables caracteres, el de ser eminentemente social.

Pero si el tránsito se verifica, sin perder de vista el primer objeto, el orador nos conduce insensiblemente á cierto punto en que admiramos con sorpresa la reunion y armonía de dos cosas que nos parecían incompatibles. Vemos que tan admirables empresas, tan vastos pensamientos, tan heroicas y sublimes hazañas, fueron vanas en tanto que se consagraron al mundo; pero que adquieren solidez y se conservan con estabilidad en el rango de su grandeza, cuando sosteni-

das por la religion y animadas por la caridad, van á perderse en el seno de Aquel que nos ha mandado amar en su nombre á la inmensa familia de todo el género humano.

A fin de obtener un resultado tan feliz, el orador prepara el efecto de la segunda parte con la destreza de una perfecta transicion. Gradúa de tal modo sus ideas y sus sentimientos, que nada nos parece tan natural como la nueva perspectiva que se descubre muy pronto á nuestros ojos. Hemos visto perecer con el hombre hasta la palabra que designa sus miserables restos. Aquí introduce el orador, ó mas bien, descubre al poder divino como al agente de la igualdad eterna á que han sido condenadas todas las condiciones del universo. "Así es como el poder divino, dice, irritado "contra nuestro orgullo, le reduce hasta la nada, y como "para igualar para siempre las condiciones, hace de todos "nosotros una misma ceniza."<sup>1</sup> Mira entónces como ruinas la indefinida destruccion que acaba de pintar; y como está satisfecho de que ni aun este nombre merece á los ojos de su auditorio, un aniquilamiento tan absoluto en que se ha visto desaparecer hasta la palabra, pregunta luego con énfasis: *¿puede fabricarse sobre estas ruinas? ¿Puede apoyarse algun gran designio sobre este inevitable resto de las cosas humanas?*

En una situacion tan angustiada, Bossuet adivina el pensamiento de su auditorio: "¿Mas qué! señores, exclama, ¿todo es pues desesperado para nosotros? Dios, que lanza "rayos á todas nuestras grandezas hasta reducir las á polvo, "¿no nos deja ninguna esperanza? Aquel, á cuyos ojos "nada se pierde, y que sigue todas las particularidades de nuestro cuerpo por cualquiera apartado sitio del mundo adonde de la corrupcion ó la casualidad las arroje, ¿verá perecer "sin recurso lo que ha hecho capaz de conocerle y de amar-

<sup>1</sup> Nadie ha sacado un partido mayor que Bossuet de las ideas de la muerte, de la destruccion, de la nada, tan frecuentes entre los antiguos, que conocian el poder que ellas tienen sobre nuestra imaginacion, sobre esa extraña facultad que reina en nosotros tan imperiosamente, que nos hacen ávidos de las mismas impresiones que asombran nuestra razon y humillan nuestro orgullo. Pero estas ideas lúgubres tienen aquí otro resultado que entre los antiguos: ellos recuerdan el pensamiento de la muerte como una advertencia para gozar del momento que pasa, y que puede ser el último. Por el contrario, se concibe que una religion que no considera al tiempo sino como un paso para la eternidad, provee á la elocuencia de instrucciones, de un órden mas elevado, y en ninguna parte son mas notables que en Bossuet. (*La Harpe.*)

“le!” Aunque poseidos íntimamente de todas las instrucciones que se nos han dado acerca de la vanidad y la nada del hombre, comprendemos, al llegar aquí, que ella no es tan absoluta; empezamos á columbrar una grandeza sólida y una superioridad positiva; sorprendemos el secreto del orador, y ansiamos impetuosamente porque nos franquee del todo una perspectiva que solo nos habia permitido vislumbrar. No se detiene pues: ántes alentado por la expectativa de sus oyentes, descorre el velo, muestra con claridad el cuadro, y reserva su voz tan solo para instruirnos sobre los grandes objetos cuyo inmenso conjunto hiere de golpe nuestros ojos. “Aquí un nuevo orden de cosas se me presenta, las sombras de la muerte se disipan: ábreñense los caminos de la verdadera vida.<sup>1</sup> *Madama* no está en el sepulcro; la muerte, que parecia destruirlo todo, todo lo ha establecido: he aquí el secreto del Eclesiastes, que os habia insinuado ya en el principio de este discurso, y el cual ahora es necesario descubrirnos en su fondo.”

El hombre no se engaña, si fijo en la inteligencia que le anima, encuentra en ella el principio de su elevacion, y reconoce que si el cuerpo ha de tornar al polvo, el espíritu ha de volver á Dios en quien tiene su noble ascendencia. A decir la verdad, no se sostiene que la grandeza y la gloria son vanas, sino considerando el abuso que de ellas se hace: porque la existencia misma de estas palabras, cuyas ideas no pudieran encontrarse jamas en la nada, nos indica que el fondo está en nosotros mismos. Mientras ellas son puros nombres para los mundanos, para nosotros tienen el carácter de cosas, bien así como la pobreza, la ignominia y la muerte, que son cosas para ellos, son vanos nombres para nosotros, como se explica San Juan Crisóstomo: “Todo es vanidad bajo el sol:” así expone su pensamiento el Eclesiastes. *Salid empero del tiempo y de la mudanza, aspirad á la eternidad: la vanidad entónces no os tendrá ya sujetos.* Dejémos pues que el sabio rei prefiera la mediocridad simple del aldeano á las privaciones y tormentos de los avaros, á los sueños inquietos de los ambiciosos; dejémosle hacer morir hasta los pensamientos de una sabiduría insensata, menospreciar todos los estados de la vida, igualar al loco con el sabio y confundir al hombre con la bestia.

Mientras no hayamos encontrado la verdadera sabiduría, y descubierto aquel principio que nos une con Dios, *no veremos en la vida sino locas inquietudes, ni en la muerte otra*

1. Notas mihi fecisti vias vitæ. Ps. XV, v. X.

*cosa que un vapor que se exhala, espíritus que se agotan, resortes que se desmontan y desconciertan.* Si el Eclesiastes desprecia tanto la grandeza, no desprecia al hombre, sino que le desconoce; puesto que el temor de Dios es todo el hombre: si el Salmista dice que en la muerte perecerán todos nuestros pensamientos, es porque considera los que se dan al mundo, porque sin padecer nada la inmortalidad de su principio, se hacen perecederos en razon de su objeto. ¿Queréis salvar alguna cosa de este universal é inevitable destrozó! consagraid á Dios vuestras afecciones; y entónces á ejemplo de nuestra heroína cristiana, ya podréis atreveros á desafiar la muerte. Pero á fin de sacar de un ejemplo tan hermoso toda la instruccion posible, consideremos la conducta de Dios para con ella, y adoremos en esta princesa el misterio de la predestinacion y de la gracia.

Toda la vida cristiana es una serie de misericordia; pero San Agustin enseña que en la primera y en la última gracia, se muestra esta mas particularmente, es decir, en la vocacion que nos previene y en la perseverancia final que nos corona; y como la primera nos inspira la fe, y la segunda nos trasmite á la gloria, ha querido la bondad divina hacerse notable por una impresion ilustre y particular al principio de estos dos estados, á fin de que confesemos que toda la vida del cristiano es un milagro continuo de la gracia.

He aquí un extracto mui breve de la preparacion teológica con que el orador se dispone á continuar el elogio de Enriqueta, trazando la historia de su gloriosa muerte. Si en estas páginas vemos descender un tanto el impetuoso vuelo de esta águila sublime, reflexionemos que ella no hace mas que imitar á la naturaleza, cuya irregularidad en algunas de sus partes pequeñas, parece nacida como de propósito para hacer mas imponente y admirable su conjunto. Si sentimos un poco la prolijidad por el lugar que ocupa todo el pasaje, celebramos á la vez la concision con que se han comprendido y la claridad suma con que se han expresado las ideas mas elevadas de la teología especulativa, y los documentos mas importantes de la moral evangélica. ¿Pero cómo seria posible, sin el concurso de los valles, distinguir y graduar la elevacion de esos picos soberbios que parecen hender el firmamento? Ved, si no, hasta dónde se eleva, partiendo de este punto, la elocuencia del panegirista. “Estos dos momentos principales de la gracia, ¿cuán bien señalados han sido con las maravillas que Dios ha obrado por la salvacion de Enriqueta de Inglaterra! Para darla á la Iglesia fué necesario volcar todo un gran reino: porque la gran-

" deza de la casa de donde hubo salido, no era para ella si-  
 " no un compromiso mas estrecho en el cisma de sus ma-  
 " yores, ó digamos mejor, de los últimos antepasados suyos;  
 " pues cuanto precede á estos, remontándonos hasta los tiem-  
 " pos primitivos, es tan piadoso y católico. Pero si las le-  
 " yes del Estado se oponen á su salud eterna, Dios hará es-  
 " tremecer todo el Estado para salvarla de estas leyes. A  
 " este precio pone las almas: remueve el cielo y la tierra  
 " para crear á sus elegidos; y como nada es tan caro para  
 " él, como estos hijos de su dileccion eterna, como estos  
 " miembros de su Hijo mui amado, ningun medio le parece  
 " costoso á trueque de salvarlos. Nuestra princesa es per-  
 " seguida ántes de nacer, abandonada tan luego como sale  
 " al mundo, arrancada en el instante de ver la primera luz  
 " á la piedad de una madre católica; cautiva desde la cuna  
 " por los enemigos implacables de su casa; y lo que era mas  
 " deplorable, cautiva de los enemigos de la Iglesia y desti-  
 " nada primeramente por su glorioso nacimiento y despues  
 " por su desgraciada cautividad, al error y á la herejía. Pe-  
 " ro el sello de Dios estaba sobre ella: podia decir con el  
 " Profeta: *Mi padre y mi madre me han abandonado; pe-  
 " ro el Señor me ha recibido en su proteccion:* desampara-  
 " da de toda la tierra desde mi nacimiento, *parece que fui  
 " arrojada en los brazos de su providencia paternal; y des-  
 " de el vientre de mi madre, se declaró mi Dios.* No se en-  
 " gañó en su confianza la reina, encargando tan precioso de-  
 " pósito á una guarda tan fiel: porque dos años despues,  
 " un golpe imprevisto, y al parecer milagroso, libró á la prin-  
 " cesa de las manos de los rebeldes; y á pesar de las tem-  
 " pestades del océano y las agitaciones aun mas violentas  
 " de la tierra, Dios, poniéndola sobre sus alas, como la águi-  
 " la toma á sus pequeños, la condujo él mismo á este reino,  
 " la puso él mismo en el seno de la reina su madre, ó para  
 " mejor decir, en el seno de la Iglesia católica. Aquí apre-  
 " ndió las máximas de la piedad verdadera, ménos por las  
 " instrucciones recibidas, que por los ejemplos vivos de esta  
 " grande y religiosa reina. Imitó sus piadosas liberalida-  
 " des. Sus limosnas siempre abundantes, se derramaron  
 " principalmente por los católicos de Inglaterra, de quienes  
 " fué la mas fiel protectora. Digna hija de San Eduardo  
 " y de San Luis, se unió desde el fondo de su corazon á la  
 " fe de estos dos grandes reyes. ¿Quién es capaz de ex-  
 " presar bastantemente el zelo que la consumia por el res-  
 " tablecimiento de esta fe en el reino de Inglaterra, donde  
 " se conservan todavía tantos monumentos preciosos de es-

" tos deseos! Todos sabemos que no temió exponer su  
 " vida por tan piadoso designio: ¡y el cielo no la ha arre-  
 " batado! ¡Oh Dios! ¿Qué prepara aquí vuestra eterna  
 " Providencia! ¿Me permitiréis, Señor, dirigir temblando  
 " una mirada hácia vuestros santos y formidables consejos?  
 " ¿Será por ventura que los tiempos de confusion todavía  
 " no están cumplidos! ¿Será que el crímen, que hizo á  
 " vuestras verdades santas ceder á pasiones infelices, está  
 " aun delante de vuestros ojos, y que no le habéis castigado  
 " bastante con un siglo de ceguedad! ¿Nos arrebatáis á  
 " Enriqueta por un efecto del mismo juicio que abrevió la  
 " vida de la reina María y su reinado tan favorable á la Igle-  
 " sia! ¿O acaso queréis triunfar solo! Quitándonos los  
 " medios de que se lisonjaban nuestros deseos, ¿reserváis  
 " para los tiempos señalados por vuestra predestinacion eter-  
 " na la secreta vuelta de vuestra gracia<sup>1</sup> al Estado y á la  
 " casa de Inglaterra? Aunque así sea, ¡oh gran Dios! re-  
 " cibid hoy las dichosas primicias en la persona de esta prin-  
 " cesa. ¡Ojalá toda su casa y todo el reino sigan el ejemplo  
 " de su fe! Ese gran rei que llena con tantas virtudes el tro-  
 " no de sus mayores y hace alabar todos los dias la divina ma-  
 " no que le ha restablecido en él, como por milagro, no culpa-  
 " rá nuestro zelo, si delante de Dios anhelamos porque él y to-  
 " dos sus pueblos lleguen á ser como nosotros. *Opto apud  
 " Deum . . . non tantum te, sed etiam omnes . . . fieri tales,  
 " qualis et ego sum.*<sup>2</sup> Este deseo ha sido formado para los  
 " reyes; y San Pablo, hallándose en las cadenas, le conci-  
 " bió la primera vez en favor del rei Agripa: pero San Pa-  
 " blo exceptuaba sus cadenas, *exceptis vinculis his;* y noso-  
 " tros deseamos principalmente que la Inglaterra, demasia-  
 " do libre en su creencia y mui licenciosa en sus opiniones,  
 " sea encadenada como nosotros con estos felicísimos lazos  
 " que impiden al orgullo humano extraviarse en sus pensa-  
 " mientos, cautivándole bajo la autoridad del Espíritu San-  
 " to y de la Iglesia."

" ¿Cómo exaltar debidamente esta concision oratoria que

1 El original dice: *de secretis returns á l'Etat. &c.* Nosotros tradu-  
 ciendo: secretas vueltas de vuestra gracia al Estado, &c. no hemos vencido  
 la dificultad de una traduccion exacta; pero esto nos parece preferible á  
 eludir la con perjuicio del sentido, callando enteramente el *returns*, como  
 lo hicieron los editores españoles del *Tesoro de predicadores illustres*, en el  
 tomo XV, pág. 41, traduciendo así: *los secretos hácia el Estado y la casa  
 de Inglaterra?* Falta el *returns*, y el pensamiento del orador desaparece.

2 Act. Apost. C. 24, v. 29.

así comprende en tan pocas líneas tan sublimes y fecundos conceptos! No son mas que dos páginas, pero en ellas vemos brillar en alto grado al panegirista eminente cuando enarra, al poeta cuando sustituye la viveza del colorido á la serie de una abstraccion continuada, al político cuando mira la mano de Dios en la suerte de las naciones; y mientras nos abandonamos á los movimientos de ternura que nos infunden las virtudes amables de Enriqueta, sorprendemos en este pasaje al talento soberano que conquistó para la Iglesia católica el alma extraordinaria de Turena. ¡Cuán augusto no se muestra aquí el poder del Altísimo, cuando trastorna un reino todo á fin de proteger á *madama* contra los ataques y persecuciones de los enemigos de su casa y de la Iglesia! Para elevar así el estilo á tiempo que se habla del influjo de la gracia divina; para dar tanto cuerpo á las ideas mas abstractas; para ver moverse á toda una nacion, á fin de que este movimiento sirva á las miras de Dios sobre una princesa recién nacida; es menester el concurso de una imaginacion vehemente, de una alma de fuego, de un genio incomparable. Se diría que la misma gracia, que gusta comunicarse particularmente á las almas retiradas del mundo, se afectó en esta vez de la grandeza, para mostrarse altamente á los ojos del universo, á fin de que admirase la verdadera gloria en una princesa tan ilustre por su famosa dinastía.

¿Qué no habria hecho un orador mediano para pintar la revolucion espantosa que multiplicaba los riesgos y aproximaba tanto los peligros en que podia perecer para la eternidad esta criatura predilecta de la gracia! Habria llenado algunas páginas de prolijas narraciones ó de hipóboles dislocadas y chocantes. Pero Bossuet nos dice, que á *pesar de las tempestades del Océano y las agitaciones mas violentas aun de la tierra, Dios la toma sobre sus alas, como la águila toma á sus pequeños hijos*. No puede adelantarse mas la energía cuando se trata de una revolucion, ni referirse de un modo mas poético y oratorio al mismo tiempo el acto en que Dios conduce por entre los peligros á esta princesa. Despues de este rasgo, empezamos á escuchar sus progresos en la piedad, y cuando cierto decaimiento que se nota en el estilo empieza á resfriar un poco nuestro entusiasmo, volvemos á elevarnos con la narracion oratoria al ver en *madama* á la digna hija de San Eduardo y de San Luis, acometiendo ella por sí al sublime designio de restablecer la fe en la nacion de sus padres. En este punto Bossuet siente despertarse una idea que le animaba de continuo; lamenta la súbita desaparicion de un instrumento lleno de esperanzas para

los que suspiraban por el regreso del catolicismo; pero este mismo sentimiento le hace entrever un arcano de justicia, y en las fluctuaciones de una duda sublime, se atreve á preguntar á Dios el secreto motivo de unas pérdidas tan sensibles para los católicos. ¡Cuán patética es la resignacion con que concluye este pasaje! ¡Cuán tierna la plegaria para que acepte Dios estas primicias! ¡Cuán feliz la aplicacion del texto de San Pablo! ¡Cuán respetuosa y digna la optacion que viene á terminar esta serie de pensamientos elevados!

Habiendo hecho visible el primer efecto de la gracia en esta princesa, pasa luego Bossuet á contemplar el último, el de la perseverancia final. Esta gracia cambia la naturaleza de la muerte, pues la vemos entónces como la mensajera de una dicha que no ha de perecer. Mientras vivimos, estamos sujetos á las mudanzas; pero esta sujecion acaba, cuando dejan para nosotros de contarse las horas; y así como Jesucristo confirmó para siempre su testamento con su muerte, así tambien una muerte fiel hace irrevocable nuestra consagracion á Dios. Despues de estas ideas con que se introduce, pinta el orador con viveza inexplicable el último combate de Enriqueta; y para hacer mas visible el triunfo de la gracia, pondera los años que esta muerte arrebató á esta juventud, la alegría de que priva á esta fortuna, la gloria que quita á este mérito, y la prontitud y crueldad con que llega: no amenaza, no advierte á su víctima; pero la gracia obra con mayor actividad. Los lamentos no se dirigen á la gloria ni á la juventud, sino al pecado: pide un crucifijo, el mismo en que habia espirado la reina su madre, como para recoger allí las impresiones que le habia dejado esta con sus últimos suspiros: sus sentimientos se exhalan sobre sus labios: no tiene mas que un dolor, el de no haber puesto desde ántes en Dios toda su confianza. Despues de una ternura tan insinuante y grave, parece que el orador va á descender á un estilo muy humilde, al reprochar la cobardía de los que temen en la hora de la muerte estas prevencciones saludables, cuando le vemos levantarse rápidamente, cual si no hubiera descendido. “Ella, dice, pide por sí misma los Sacramentos de la Iglesia; la Penitencia con compuncion; la Eucaristía con temor, y despues llena de confianza; la Santa Uncion de los moribundos con un piadoso apresuramiento. Léjos de aterrorizarse por esto, la quiere recibir con conocimiento: escucha la explicacion de estas ceremonias santas, de estas plegarias apostólicas que, por una especie de encanto divino, suspenden los mas violentos dolores, y hacen olvidar la muerte (yo lo he visto con

“ mucha frecuencia) á quien las escucha con fe: ella las sigue, se conforma; se la ve ofrecer pacíficamente su cuerpo á este óleo sagrado, ó mas bien, á la sangre de Jesus “ que tan abundantemente corre con este precioso licor.”

En la lectura de este pasaje se experimenta una especie de calma religiosa, una suavidad inexplicable cuyo origen está en la pintura de una muerte feliz: el dolor abandona su víctima á los dulces trasportes que la inspiran las últimas conversaciones que pasan entre el moribundo y el Padre misericordioso de la gracia. Bossuet tiene razon para afirmar sobre su testimonio que estas plegarias apostólicas, por una especie de encanto divino, *suspenden los mas violentos dolores y hacen olvidar la muerte al que las escucha con fe.* Pero ellas exigen de nosotros la mencion de una circunstancia que añade mucho mérito al pasaje, pues entre otras cosas hace resaltar sobremanera la modestia del orador.

Se ha visto ya que madama Enriqueta fué atacada violentamente á los veintiseis años de su edad en el palacio de San Cloud. Los síntomas de su enfermedad presentaron desde luego tan maligno carácter, que los médicos, viendo agotados infructuosamente los recursos del arte, pronosticaron el resultado mas funesto. Bossuet entonces se encontraba en su obispado de Condom; y á pesar de que el príncipe le multiplicó los correos con extraordinaria actividad, no pudo llegar á San Cloud á ofrecer á *madama* los últimos auxilios de la Iglesia, sino cuando ella habia padecido mucho por la crueldad de sus dolores, y no sé si mas por el áspero é indiscreto zelo del Abate Feuillet, cuyo ministerio habia aceptado provisionalmente la princesa.

“ Causóle por lo mismo tal júbilo la presencia de Bossuet, dice el cardenal Maury, que el mismo prelado al encontrarla en una crisis tan espantosa, sintió apoderarse de él una afliccion extrema. Desde que le vió, le exigió la promesa de que no la abandonaria hasta su último suspiro; y aquel, dignamente inspirado por una situacion tan propia para electrizar su alma y su genio, se postró en tierra y permaneció de rodillas, apoyándose en la cama y teniendo en la mano el crucifijo. Invitó luego á *madama*, con los ojos bañados en lágrimas y la voz medio extinguida por su emocion, á unirse simplemente á sus reflexiones, plegarias y demas actos que iba á ofrecer á Dios en su nombre. Nunca Bossuet habia parecido mas sublime, ni su elocuencia tampoco adquirido jamas una victoria mas tierna. Escuchábase la princesa con sensible satisfaccion y la mas firme presencia de ánimo. Una sumision tan perfecta á los decretos del cielo aumentaba

ba mas á los ojos del prelado el interes y el mérito de tan grande sacrificio. La infeliz y moribunda víctima, que veía las palabras de Bossuet como de un precio infinito, le conjuraba que no dejase caer ni un solo instante á su alma abatida, cuyo único apoyo era él. Hizo pues este la recomendacion de su alma y la explicó las oraciones de los agonizantes que no habian sido ni serán probablemente nunca enriquecidas con tan bello comentario. En un combate tan terrible veíase la elocuencia de este grande hombre triunfar del dolor y de la muerte, llenando el corazon de la princesa de fe, de compuncion, de confianza, de paz, de resignacion y de amor; circundándole con el crepúsculo de esa segunda vida en que no descubría ella sino reposo y felicidad; apartando de sus miradas inquietas la imagen de la muerte mediante el encanto poderoso con que la atraía y la fijaba sobre el principio eterno de su existencia; absorviéndola como en éxtasis en la contemplacion de la Divinidad; adormiéndola en fin, á tiempo de este tránsito, con el sueño de la esperanza y en el seno maternal de la religion.”

“ Bossuet pues oculta la verdad por modestia, cuando se borra á sí mismo de la narracion de esta agonía; cuando atribuye todo el prodigio de su propio talento á las hermosas y dulces oraciones de la Iglesia; cuando recuerda siempre como testigo (*yo lo he visto con mucha frecuencia,*) y jamas como actor, el heroísmo de la fe de esta princesa: pues la religion sola, segun él, tuvo la gloria de suspender los dolores mas violentos de Enriqueta y aun de hacerla olvidar la muerte.”

Para completar este cuadro, pinta el orador con suprema energía, la constancia y resignacion de esta princesa; recuerda con emocion aquellas palabras que salian de sus labios, como la *sincera produccion de una alma que tocando ya al cielo, no debe á la tierra sino la verdad*, y habla con un acento religioso de su conformidad con las órdenes de Dios. “ Profesaba, dice, la fe católica y la resurreccion de los muertos, este precioso consuelo de los fieles moribundos. Excitaba el zelo de los que habia llamado para que la excitasen á ella. . . . deseaba mil veces estar sumergida en la sangre del Cordero; descubriase en sus discursos un nuevo lenguaje que la gracia le enseñaba. . . . Todo era simple, todo era sólido, todo era tranquilo; todo partía de una alma sometida, y de una fuente santificada por el Espíritu Santo.”

Una piedad verdaderamente cristiana se complace sobremanera con un cuadro tan insinuante; y en el transporte que

le causan disposiciones tan felices para la eternidad, ninguna cosa desea con tanto ardor como el ver consumada esta obra de la gracia. Tal es el voto que nos hace formar Bossuet, y así previene á su auditorio para que alabe una Providencia que en el mas terrible de todos sus golpes, vierte á torrentes las efusiones de su bondad y de su misericordia. Con aquella seguridad que inspiran las altas promesas de la religion, anuncia que debe cambiarse de lenguaje, y ántes que increpar á la muerte por haber interrumpido el curso de la mas hermosa vida, debe aplaudirse su llegada, que ha puesto coto á los peligros mas inminentes, á los peligros de la gloria. Para justificar este pensamiento, manifestando los temores que debia infundir la misma excelencia de carácter que admiraban todos en Enriqueta de Inglaterra, forma un retrato moral de esta persona, el cual no trascibimos, á pesar de la gallardía con que en él se ve campear el talento de Bossuet, porque seria necesario suprimir otros pasajes igualmente perfectos y mas instructivos para la juventud. En el trato con los demas parecia olvidar ella su rango, haciendo por este medio que todos anhelasen por restituírle al céntuplo la grandeza de que se despojaba. Tan fiel en su palabra como franca en su conducta, tan diligente en reconocer los servicios como fácil en perdonar las injurias, se hacia estimar de todos con entusiasmo. “¿Qué diré de su liberalidad? Daba no solamente con alegría, sino con una elevacion de alma que dejaba traslucir al mismo tiempo el menosprecio del don y la estimacion de la persona. Realzaba sus presentes, ora con palabras insinuantes, ora con su mismo silencio; y este arte de dar agradablemente, que habia practicado tan bien durante su vida, la siguió, *yo lo sé*,<sup>1</sup> hasta en los brazos de la muerte.”

<sup>1</sup> Alude aquí Bossuet á un rasgo que muestra hasta dónde llevó esta princesa la gracia y la delicadeza aun en los brazos de la muerte. Habiéndose acercado para darle alguna cosa su primera dama de cámara, le dijo aquella en inglés, á fin de que Bossuet no lo entendiese: *Dad al Señor de Condon (esto es á Bossuet) cuando yo haya muerto, la esmeralda que he mandado hacer para él.* (Beausset. Historia de Bossuet.)

Luis XIV quiso poner por sí mismo esta sortija en el dedo de Bossuet, y le invitó á que la trajese consigo durante su vida en memoria de *madama*; añadiendo que no podia manifestar su interes por la memoria de esta princesa de un modo mejor, que encargándole de que predicase su oracion fúnebre.

La colocacion del presente hecho al obispo de Condom y la inspiracion feliz del rei que le encargó de la oracion fúnebre, sorprendió generalmen-

Este rasgo característico de unas virtudes tan dulces, viene á completar el cuadro general de su grandeza; y desde que hemos percibido este conjunto, pronosticamos para ella un porvenir de gloria mui adecuado para ocupar la atencion de todo el universo. Pero aquí nos detiene el orador á fin de convencernos de que este era el inmenso abismo en que iba á precipitarse. “¿No iba, dice, á ganar todos los corazonzones? Es decir, la única cosa que han menester de ganar aquellos á quienes el nacimiento y la fortuna parecen haberlo concedido todo. Si pues tan alta elevacion es un precipicio formidable para los cristianos, ¿no puedo yo decir, señores, para valerme de las fuertes palabras del mas grave de los historiadores, *que iba á ser precipitada en la gloria!*”

El profundo pensamiento de Tácito, adquiere la mayor sublimidad en la boca de Bossuet; ¡tan cierto así es que el

te á todos. Felicitaban á Bossuet del don tan tierno destinado á su persona, y mas todavia por el nuevo triunfo ofrecido á su genio; y únicamente le manifestaban algun sentimiento de que el decoro del púlpito no le permitiese mencionar en este elogio un legado tan honorífico para la princesa como para el orador. *¿Y porqué no!* dijo en un primer movimiento de gratitud.

La respuesta de Bossuet fué mui divulgada; y es fácil figurarnos la impaciencia que tal noticia y semejante promesa debia producir en todos los espíritus. Se aguardaba todo con el mayor interes, cuando el obispo de Condon se presentó en el púlpito. Sin apresurarse á satisfacer la expectativa de sus oyentes, supo justificar su promesa: porque vino á cumplirla hasta el fin de su discurso, sin necesidad de preámbulo ni explicacion. Tres sílabas distinguidas por un grito despedazador en medio de la narracion mas calmada, *yo lo sé*, bastaron á Bossuet para tratar con tanta dignidad como medida la historia, generalmente divulgada de esta sortija que se veia brillar en su dedo. Este es el triunfo de las conveniencias oratorias. Estas tres palabras fundidas, por decirlo así, en una narracion en que no figuran ménos por su precision que por su claridad, pero cuyo verdadero sentido no puede adivinarse, y cuya energia es todavia mas difícil sospechar cuando se leen en este discurso sin prévia noticia de la anécdota que las motivó; estas tres palabras que la vista de la iglesia de San Dionisio ha reproducido en mi memoria muchas veces bajo aquellas mismas bóvedas en que mi admiracion creia oirlas aun estallar y retemblar; esas tres palabras en fin tan simples y sorprendentes por un rasgo sublime de situacion única en elocuencia, penetraron de ternura y entusiasmo á todo el auditorio, que se mostró digno de sentir las y apreciarlas, reptiéndolas muchas veces con un trasporte unánime en la primera explosion de su enagenamiento. *Mauwy*, Essai Sur L'éloquence de la Chaire.

genio sirve al genio, y la grandeza sigue á la grandeza! Un filósofo de aquellos á quienes basta una insinuacion tan penetrante para sumergirse en las reflexiones y pensamientos que contiene, no necesitaba otra cosa para seguir paso á paso los obstáculos que la virtud encuentra en el alma de aquellos hombres á quienes tiene aletargados el incienso de la celebridad; pero nuestra limitacion comun impone á los oradores el deber de revelárnoslo todo; y así es como Bossuet, obediente á la voz de nuestra ignorancia, derrama sobre este pensamiento los encantos de una explanacion eminentemente moral y filosófica. Oigamos pues las lecciones que se desprenden de sus labios despues de habernos trasportado con aquel rasgo tan sublime.

“¿Qué criatura fué nunca mas á propósito para ser el ídolo del mundo! Pero ¿á cuán delicadas tentaciones no están expuestos estos ídolos que el mundo adora! Ciertamente es que la gloria los pone á cubierto de algunas debilidades; pero la gloria por ventura los defiende de la gloria misma! ¿No se adoran en secreto! ¿No quieren también ser adorados! ¿Cuánto no tienen que temer de su amor propio! ¿Y qué puede rehusarse la debilidad humana, mientras que el mundo le concede todo! ¿No es aquí donde se aprende á hacer servir á la ambicion, á la grandeza y á la política, la virtud, la religion, y aun el nombre de Dios! La moderacion que el mundo afecta, incapaz de sofocar los movimientos de la vanidad, solo sirve para ocultarlos; y mientras mas consideraciones prodiga en lo exterior, con mayor ímpetu abandona el corazon á los mas delicados y peligrosos movimientos de la falsa gloria. Ya no cuentan sino consigo mismos; y cada uno dice en el fondo de su alma: *yo soi, y no hai mas que yo en la tierra*. En este estado, señores, ¿la vida no es un peligro! ¿la muerte no es una gracia! ¿Qué no debe temerse de los vicios, si las buenas cualidades son tan peligrosas! ¿No es pues un beneficio de Dios el haber abreviado las tentaciones con los días á *madama*; el haberla arrancado á su propia gloria, ántes que esta gloria por su mismo exceso, hubiese aventurado su moderacion! ¿Qué importa que su vida haya sido corta! Nunca lo que debe acabar puede ser largo. Cuando no contásemos aquí sus confesiones mas exactas, sus conversaciones devotas mas frecuentes, su aplicacion mas fuerte á la piedad en los últimos tiempos de su vida; estas pocas horas, santamente pasadas entre las mas terribles pruebas y en los sentimientos mas puros del cristianismo, equivalieron por sí solas á

“una edad completa. Confieso que el tiempo ha sido corto; pero tan fuerte la operacion de la gracia, como perfecta la fidelidad del alma. Efecto es de un arte consumado reducir á pequeño toda una grande obra, y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces encerrando en un solo día la perfeccion de una larga vida. Sé muy bien que Dios no quiere que aguardemos tales milagros; pero si abusa de su bondad la temeridad insensata de los hombres, no por esto su brazo se ha cortado, ni su mano está debilitada. Yo pues confio por *madama* en esa misericordia que tan sincera y humildemente ha reclamado. Parece que Dios no ha querido conservarle libre su juicio hasta el último aliento, sino á fin de que tuviesen mas duracion los testimonios de su fe. Ella amó al morir al Salvador Jesus: ántes le faltaron los brazos, que el ardor por abrazar la cruz; yo ví su mano desfallecida buscar, aun cayendo, nuevas fuerzas á fin de aplicar sobre sus labios este signo feliz de nuestra redencion; no es pues esto morir entre los brazos y en el ósculo del Señor! ¡Ah! Podemos acabar este santo sacrificio por el reposo de *madama* con una piadosa confianza. Este Jesus, en quien ha esperado ella, cuya cruz ha llevado en su cuerpo con dolores tan crueles, le dará todavía su sangre, de la cual está ya teñida y penetrada toda por la participacion de los sacramentos y por la comunion con sus sufrimientos.”

Quando examinamos estos pasajes con el objeto de sacar útiles documentos de aquí para madurar el talento y pulir el sentido crítico de la juventud que se consagra al cultivo de la literatura, no podemos prescindir, en medio de los trasportes con que nos arrebató el genio de los grandes hombres, de una idea muy penosa, la de no poder caracterizar, sin extendernos mucho, unas bellezas que tanto material ofrecen á la crítica para emprender la mas brillante y merecida apología. Cada uno de los pensamientos que componen este trozo sugiere mil reflexiones importantes, y alternativamente distinguimos en ellos un torrente de luz para la moral, un dechado de belleza para la literatura, y un manantial inagotable de consuelos con que la religion sostiene y estimula la virtud, y aun hace apetecible la muerte. Muy grato nos sería recorrerlos todos analíticamente; pero cediendo á la estrechez del tiempo, limitáremos nuestras observaciones á los tres puntos que aquí parecen dominantes.

Quando el nacimiento, el poder ó la celebridad, levantan á los hombres hasta un punto en que ya no escuchan otro

idioma que el de los homenajes mas exagerados, no puede negarse que descubren en su exterior tanta grandeza y muestran tal dignidad en su porte, que llegan á parecernos inaccesibles hasta el contacto de las pasiones bajas. Nos parece que aun cuando son viciosos, sus vicios han de ser tan grandes como sus almas, y no podemos concebir que lleguen á franquearse á cierta clase de crimenes, de aquellos principalmente que tienden á confundir al hombre con el bruto. Pero el caso es, que viendo estos personajes á favor de la luz que derrama sobre ellos la moral evangélica, reconocemos con asombro que no les falta nada de cuanto mas altamente caracteriza nuestra miseria. ¡Qué de bajezas ocultas! ¡Qué de afectos depravados! ¡Qué de tendencias viles hácia los objetos mas indignos! Llegando aquí, ¡conserva una sola chispa con que engañar el imponente y ostentoso atavío con que se dejan ver de los otros los grandes potentados! ¡Qué descubrimiento este tan ventajoso para las virtudes tranquilas! Desde que él se anuncia en el alma, sube mucho el precio de la mediocridad: el aldeano vuelve mas contento que nunca á habitar bajo su ahumada choza, el sabio virtuoso lanza un horrible anatema sobre los palacios soberbios, compadece un poder tiránico cuya primera víctima es el individuo que le deposita en sus manos; y vuelve su rostro con un elevado y digno menosprecio, para no dar importancia con sus miradas al insolente aparato de las riquezas. ¡Oh poder de la virtud! Aun los mismos que desdeñan habitar contigo, usurpan tu nombre y tus apariencias, para dar cuerpo al fantasma de su vanidad. Mientras ellos mantienen nuestro concepto á favor de la regularidad de su vida, la humana grandeza nos deslumbra; pero no bien les arrebató el velo tuyo que encubre su bajeza, cuando todas las ilusiones se disipan, y toda su gloria desaparece entre la espesa nube de sus pasiones mas rastreras.

Es un triunfo para la religion haber venido á revelar á los mas sencillos estos arcanos de iniquidad, que vislumbraron apenas los mas esclarecidos filósofos de la antigüedad pagana; y es un atributo mui prodigioso para la elocuencia haber hallado un instrumento tan eficaz para rasgar ese velo de gloria que cubre un corazón depravado. He aquí el secreto de la oratoria fúnebre: no son los elogios del personaje sino el canto que se eleva á las victorias de la muerte y al irresistible poder de la religion. Pero ¡cómo descubrir tan humillantes secretos á un auditorio tan ilustre que en el mismo recinto de la Divinidad exige los honores que se tributan al rango y al poder! He aquí lo que la religion ha

dejado que hacer al genio de los oradores: ella les da la materia bastante, les comunica los acontecimientos mas notables, les instruye admirablemente sobre lo pasado, les descubre el misterio de lo presente, todavía mas difícil de conocer en ciertos casos, y les revela por fin la historia terrible ó dulce, pero siempre desconocida, de lo futuro; mas como nada desea tanto como extender el número de los justos, exige al mismo tiempo de los oradores, que apoderándose absolutamente de la materia, la distribuyan con delicada parsimonia, para hacerla fructificar mejor en el corazón de sus hijos. Nadie poseía mas bien esta táctica que Bossuet. Es fácil distribuir la moral cuando nos dirigimos al pueblo, cuya familiaridad nos autoriza para derramarla á torrentes; pero sobremanera espímoso hacerla servir á la edificación de los grandes. Estrechado el orador por su ministerio, se ve en el caso de dar á entender que aunque la gloria en apariencia pone á cubierto de ciertas faltas, no por esto ellas dejan de existir; pero le detiene al mismo tiempo el carácter de su auditorio. ¡Qué hace pues en este caso! Toma un rumbo diagonal, no se atreve á insinuarse directamente; pero se explica de modo, que los cortesanos adivinan sus ideas y agradecen á la vez su respetuoso comedimiento. Todas estas ideas, y otras muchas, están contenidas en estos rasgos: “¡No se adoran secretamente! ¡No quieren ser adorados! ¡Qué podrá rehusarse la debilidad humana, miéntras que el mundo se lo concede todo!”

Si de aquí pasamos á la parte literaria, la atención se fija luego en el modo sorprendente con que alaba la actividad de la gracia en convertir el corazón de Enriqueta. Se ha repetido mil veces que la gracia no necesita el trascurso de muchos años, y que un instante le basta para trasformar el corazón del hombre; pero al oír este mismo pensamiento en la boca de Bossuet, sentimos un arrebató de sorpresa tan grande, que abandonando el fondo por atender solo á la forma, creemos irresistiblemente que esta es la vez primera que engrandece los discursos del orador. *Efecto es de un arte consumado, reducir á pequeño una grande obra; y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces, encerrando en un solo día la perfección de una larga vida.*

¡Qué diremos de los afectos piadosos con que da fin el orador á la parte confirmativa de su discurso! Sensibles como los movimientos del corazón, edificantes y tiernos como el idioma de la religion en una boca elocuente, vivos y animados como la mas perfecta pintura, nos ofrecen motivos para admirar en el mas alto grado aquella unción exquisita



con que Dios ha querido consagrar los pensamientos mas delicados de sus ministros. Al ver una série de palabras, extraordinariamente comunes, difundir por nuestro corazon tan piadosa ternura, tan puros y elevados afectos, nos vemos tentados de recordar con Laharpe aquel proverbio: *la palabra vale tanto como el hombre que la emplea.*

### EPILOGO.

“Pero al rogar por su alma, cristianos, pensemos en nosotros mismos. ¿Qué esperamos para convertirnos? ¿Y qué dureza es semejante á la nuestra, si un accidente tan extraño, que debería penetrarnos hasta el fondo del alma, no hace sino aturdirnos por algunos momentos? ¿Aguardamos que Dios resucite muertos para instruirnos? No es necesario que los muertos vuelvan, ni que salgan del sepulcro: lo que entra hoy en él debe bastar para convertirnos: porque si nosotros sabemos, conocemos, confesáremos, cristianos, que las verdades de la eternidad están bien establecidas; nosotros no tenemos nada que oponerles, ateniéndonos á combatir las por pasion y no por razon. Si alguna cosa impide á estas santas y saludables verdades que vienen sobre nosotros, es que el mundo nos ocupa, que los sentidos nos encantan, y que el presente nos entretiene. ¡Hubo otro espectáculo semejante para desengañarnos de los sentidos, del presente y del mundo? Podía la Providencia divina ponernos á la vista, ni mas de cerca, ni de una manera mas fuerte, la vanidad de las cosas humanas! Y si nuestros corazones se endureciesen despues de una advertencia tan sensible, ¿qué otra cosa le queda sino herirnos sin misericordia? Prevengamos un golpe tan funesto, y no esperemos siempre milagros de la gracia. Nada hai mas odioso al Soberano poder que lo queramos obligar por ejemplos, haciendo una lei de sus gracias y de sus favores. ¿Qué hai pues, cristianos, que pueda impedirnos recibir sin dilacion sus inspiraciones? ¿Qué! ¿el encanto de sentir es tan fuerte que nada podemos prever! ¡Los adoradores de las grandezas humanas estarán tan satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un momento su gloria pasará á su nombre, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos y sus dignida-

des á los ambiciosos de ellas! Si estamos seguros que vendrá un dia en que la muerte nos obligará á confesar todos nuestros errores, ¿porqué no despreciar por razon lo que será necesario despreciar por la fuerza? ¿Y cuál es nuestra ceguedad, si marchando siempre hácia nuestro fin, y mas bien moribundos que vivos, aguardamos los últimos suspiros para aprender los sentimientos que solo el pensamiento de la muerte debería inspirarnos á cada momento de nuestra vida! Empezad desde hoy á despreciar los favores del mundo; y siempre que estuviereis en esos lugares augustos, en esos soberbios palacios á quienes esta señora daba un brillo que aun buscan vuestros ojos; siempre que mirando ese gran lugar que tan bien llenaba, conociéreis que ella falta, pensad que esa gloria que admirais formaba su peligro en esta vida, y que en la otra vino á ser objeto de un exámen rigoroso; que nada fué capaz de estorbarla sino esa sincera resignacion que tuvo á las órdenes de Dios, y á las santas humillaciones de la penitencia.”<sup>1</sup>

Una exhortacion comun á la penitencia mientras contamos con la salud, es pues el pensamiento que forma la peroracion de este discurso. Sentimos infinito que una obra tan perfecta no tenga una conclusion correspondiente á su mérito; pero debemos confesar que aqui mismo se notan con singular complacencia dos rasgos que no nos permiten dudar que todavia estamos escuchando á Bossuet. “¡Los adoradores de las

<sup>1</sup> Bossuet, remitiendo la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra y de madama Henriqueta al abad Rancé, le escribia: “He dejado orden para que os dirijan dos oraciones fúnebres, las que haciendo ver la nada del mundo, pueden ocupar un lugar entre los libros de un solitario, y que en todo caso puede él mirar como dos cráneos de muerto bastante palpitanes.” Estas palabras escritas por casualidad en una carta que no estaba destinada á ver la luz pública, revelan el pensamiento habitual de Bossuet. Nunca vinieron á presentarse á su espíritu el poder y la grandeza que no viese al lado la muerte. (*El Cardenal de Bausset*) El interés que pudo inspirarle una princesa espirando en la flor de su edad, parece debía agotarse pronto: todo consiste en algunas oposiciones vulgares acerca de la belleza, de la juventud, de la grandeza y de la muerte, y sobre este fondo estéril fué sobre el que Bossuet construyó uno de los mas bellos monumentos de la elocuencia, siendo de aqui de donde partió para demostrar la miseria del hombre por su lado perecedero, y su grandeza por su lado inmortal. El empieza por rebajarlo aun mas que los gusanos que lo roen en el sepulcro, para pintarlo en seguida glorioso con la virtud de los reinos incorruptibles. (*Chateaubriand*.)